

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción. — Precio Mensual: Cuatro pesetas. — En el extranjero: Seis pesetas. — En la suscripción se cuenta desde 1.º y lo de cada mes. — No se devuelven los originales. — Redacción, M. y C., 24. — Teléfono 145. — Administración, Plaza San Agustín, 7. — Teléfono 257. — Condiciones. — El pago será en efectivo y en metálico, ó en letras de fácil cobro. — Corresponsales: París, Mr. A. Lorete, 14, rue Rougemont; Mr. John P. Jones, 31 Penbourg Montmartre. — New-York, Mr. George B. Fisher, 217, West 45th St. — Bogotá, Mr. Rafael Mesa, Calle de la Cruz, 46. — La correspondencia al Administrador.

¿TIENE USTED RAZÓN...

«Mis triunfos, vuestros triunfos, son las torpezas de nuestros enemigos que están ciegos.»

Verdad, verdad y verdad: ciegos los que no ven como un día y otro día van perdiendo, por miedos ridículos y por apatías vergonzosas, las posiciones que usted toma *sofo* y sin *gente*, porque usted no tiene *gente*, tiene muñecos que mueven los brazos y los pies en ridículas contorsiones cuando á usted le conviene que las hagan. Ciegos y cobardes porque temen la calumnia y la injuria que esperan de usted.

Apáticos y torpes que no saben salir de sus casas á luchar y salen solo para recoger algún fruto que halague su vanidad. Ineptos los que dejan un día y otro día que con solo un arma zón de odios y una pluma venenosa suba usted á lo alto del cerro para mandarlos como borregos que temen á la piedra y la cayada.

Tiene Vd. razón; ciegos, débiles y egoístas los que presencian tranquilos su desunión, por que temen al unirse, que las figuras de los unos, con sus sombras, oculten y oscurezcan las figuras que ha consagrado el tiempo, sin más méritos que aguantar el embate de los años.

Cierto que sus ojos no ven; Siga Vd. sin miedo, no tema de ellos por que ni con esos latigazos ni con otros más fuertes se unirán para combatirle. Adelante, que como Vd. dice, suya es la Cámara de Comercio, suya es la Junta de Obras del Puerto y suyas llegarán á ser hasta las cofradías de los Marrajos y de los Californios; no se oculte Vd. para decirlo, por que esta ridícula proclamación de su caciquismo no producirá en este pueblo... otro efecto que acrecentar el miedo y así poco á poco el negro cacique que usted ha pintado, se convertirá en el cacique amarillo y los santones de los otros bandos, irán á besar la correa y adorar en el látigo símbolo de la autoridad suprema.

Y si no fueran ciegos cómo verían con calma poner sus nombres en la picota con una valentía y con una impunidad que solo descansa en el conocimiento de su debilidad y de su desunión? Todos esos señores temen de usted; los tiene acostumbrados á tanto su procaacidad y su audacia que parecen temerosos de las letras negras

de «La Tierra» como de una amenaza que se ciernen siempre sobre sus cabezas donde todos son sombras y temores.

En los políticos que no son de usted los hay que luchan sin luchar, fingiéndose enemigos entre los enemigos y concediéndole sin embargo una simpática tolerancia y una paternal protección callada é hipócrita.

Sus pupilas sin luz, no ven como quiere Vd. *quitar la piel del león*, no para arrancarla y tirarla lejos, sino para abrigo con ella su cuerpo de usted, desnudo y sediento, y una vez cubiertos los hombros, las garras asomarán, no como esas que hoy describe Vd. y sueña su envidia, sino garras fuertes, poderosas, tanto más crueles, cuanto más necesitada está la fiera tanto tiempo solitaria y tanto tiempo hambrienta y perseguida.

Tiene Vd. razón, muchísima razón; sus triunfos nacen de la ceguera de sus enemigos, por eso dejémoslos de *re-denunciones* y de *honradez* y demás *romances mitinescos*, porque usted no los siente y convengamos todos en que sus triunfos son, las torpezas de los de enfrente que *habildosamente* alfombran de flores la senda que conduce á...

M. N. P.

Cantares anti-rábicos

Ya mi Delfín cobro sueldo, ya por fin! *recobró* el habla. Ya las *Cámaras* son mías. ¡He triunfado en *ambas Cámaras!*

— ¡Tanto gusto!
— ¡El gusto es mío!
— ¡Me honro mucho en conocerle!
— El más honrado soy yo.
— Yo voy más.

Un devoto del fenómeno tiene la lengua de trapo, y, en vez de «te quiero mucho», le dice: te quiero *machol*.

Te indignas, porque te llamo representante al pastel, Arrojar la cara importa, y el espejo no hay por qué.

X. F. Z.

Mitineanditis

¡Me *pirro* por los mitines. Y entre éstos, prefiero los bloquistas.

Eso es canela fina. De ellos se puede decir la conocida frase: ¡Qué país, qué paisaje y qué paisanaje!

Confieso mi debilidad. Amo á la oratoria. Aunque ésta sea bloqui vasista. Y entre un discurso de P. Castaño ó un elocuente escarceo mitinesco de Diego González...

¡Prefiero un tiro!

Yo no conocía á P. Castaño más que como escritor adormidera. Desde ayer lo conozco como orador plumbífero.

Y si mucho he pecado en este mundo...

¡Bien castigado estoy ya, Dios de los bloquistas!

Solo tuvo una frase feliz. Refiriéndose á que Vaso dijo en un mitin «que don Apoli fué alcalde nombrado por la Majestad de arriba y por la Majestad del pueblo», añadió P. Castaño:

«Pues á pesar de eso, fué desituído de Real Orden y enviado al *montón de los trastos inútiles*.»

Es una definición de D. Apoli, como otra cualquiera.

Otro orador que ¡ay! no conocíamos tampoco y que tiene la misma cantidad de plomo que P. Castaño, es Langot.

¡Más nos hubiera valido estar durmiendo!

Parecía que recitaba el bando de Carnaval.

Y que sentencias más sentenciosas, ¡El que no llora, no mama!, repelía sin cesar.

Y todos los expectadores, gritábamos, chillábamos y armábamos escándalos, único modo según él, para conseguir lo que deseábamos.

¡Que se sentase!

Y habló después don Apolinario, nuestro buen D. Apolinario, nuestro añorado D. Apoli.

¡Salve, Apoli inmortal, yo te sa'ude.

¿Cómo estás, Apoli?

Sonriente, sonrosado y muy de prisa, se presentó nuestro buen don Apolinario A. y recibió una ovación colosal.

¡Viva el autor de la ratonera automática.

¡Viva el inventor de las pastillas, Carrión al revés!

¡Viva otro de nuestros Padres! (El anterior fué don Valentín.) ¡Viva el cogote honrado!

¡Vivaaaaa...!

Y don Apoli, conmovido y satisfecho, arremetió contra don José Maestre.

Era un modo especial de corresponder á aquellas distinciones.

¿Qué quedán éstos? Se preguntaría él.

¿Que mate al Cacique?

Pues me figuro que éste es la consignación para beneficencia domiciliaria.

¡Y me lo como!

Después que hizo el *caciquicito*, se mostró misericordioso.

Y dijo que dejaría descansar á los pendones del bloque que indicaban guerra sin cuartel.

Y que en lugar de ellos, utilizaría otros pendones bloquistas.

Los del armisticio.

¡Por pendones más ó menos no había de quedar!

E hizo un llamamiento, á la paz y concordia entre Principes cristianos.

Y nos llamó para que nos uniésemos todos á trabajar por Cartagena.

Con una condición.

Que los *Eleteros*, los liberales, los conservadores y los republicanos, nos uniésemos al bloque, para pedir que concediesen á este los siete concejales que tienen suspendida... hasta la respiración.

¿Nada más que eso?

Pues listos.

Los *Eleteros* piden que esos siete concejales vayan al Ayuntamiento.

Y que nombren Alcalde á D. Apoli.

¡Miel sobre hojuelas!

Diego González habló! Tampoco conocíamos á este orador?

¡Que se suicide!

El hombre fué franco.

Dijo que hace veinte años, cuando él fué concejal por primera vez, en el Ayuntamiento *solo había una voluntad* y se estaba mejor que hoy.

¡Malo, la historia te hará justicia!

Y llegó el momento culminante.

Pepe Vaso se adelanta, se recoge la toga blanca y larga un jipio.

Ovación, oreja y dos kilos de hnevos de mujer, para que se vigoricen.

Fué un obsequio oportuno.

Dedicó un cursi-castizo párrafo á la mujer que con su hermosura...

Bueno: de gustos no hay nada escrito.

Y luego nos dijo que la mujer bloquista haría heroicidades y que la Agustina de Aragón sería una chanchaleira comparada con la que en Cartagena haría de Agustina.

Todo el público puesto en pié, coreaba:

Se-ra-fi-na
Se-ra-fi-na.

Después y por lo mismo que había mujeres en el teatro dedicó un párrafo sicaléptico y cochino, para hablar de la unión de personas.

¡Te lucistes, Pepite!

Y la nota final fué de esperanza para los bloquistas y de terror para los que no lo somos.

Dijo que se harían dueños en plazo breve del Ayuntamiento, Cámaras, Bancos, bolsillos y hasta las *Cofradías de vuestras procesiones*, añadió, *estarán en vuestras manos*.

¡P. bres cofradías!

Nos figuramos las pelitorias del porvenir.

¡Á pollos en pepitoria!

Encantado.

EL MITIN...

Son las diez de la mañana; el Circo rebosa gente artesana, endomingada, con sus sombreros relucientes y sus bufandas nuevas.

En la sala gritan y hablan, regocijados y sonrientes, cruzándose entre las butacas y los palcos y entre los palcos y la galería, frases graciosas é inter-

ccionadas llenas de *picardia política*.

¿Con que cuatro gatos...? y se miran unos á otros como satisfechos de su fuerza, sintiéndose todos actores del sainete que se va á representar...

La mesa presidencial está cubierta de paños desteñidos y encima de la mesa, solemne y grave reposa una campanilla soberbia, monumental, formidable, con un mango grasiento de madera que parece el astil de un azadon... Las diez y media, la campanilla formidable suena y el Presidente abre la sesión con unas breves y correctas palabras que el público, este público expansivo y complaciente, acoge con ruidosos aplausos. Sale un señor y empieza á decir cosas y más cosas y venden cosas opacas y monótonas. Es un orador sencillo, flúido, quizá excesivamente flúido, un orador de esos que producen el mismo efecto que el ruido de una máquina Singer abrumador y monótono y cose que cose acabó al fin como empezó, en el mismo tono, sin descomponerse, correctamente.

Del grupo destacase otro Señor que habla moviendo una mano, y rígido, inmóvil, como hipnotizado por el monstruo de las 2.000 cabezas... De pronto este buen Señor dice una cosa formidable: «Es preciso chillar, porque el que no llora no mama,» y dicho esto se produce un ligero murmullo en el monstruo de las 4.000 cabezas; es la idea que entra en los espíritus de los correligionarios despertando horizontes nuevos, dejando una láctea estela en los entendimientos...

Cuando este Señor se sienta, brota otro Señor que nos ha causado una sorpresa inmensa, un Señor joven que habla chillonamente, pero que habla con las manos en los bolsillos y pasea como si persiguiera las ideas, de una caja á otra caja del escenario. Parecía cuando salió un hombre apacible, un hombre joven y satisfecho de la vida, pero nos aterraron en cuanto empezó á destaparse porque allí salieron «las manos ensangrentadas, los crímenes fríos, las persecuciones crueles,» y esto fué lo más suave porque además nos advirtió que se caíaba porque no quería turbar nuestra paz; determinación que todos le agradecemos profundamente...

Cuando pasa la nube sangrienta, sale un Señor del tiempo (según me cuentan). Este Señor magestuoso y reposado empieza á buscar sus ideas dispersas ante el monstruo de las 6.000 cabezas y las ideas llegan premiosas, pero llegan, se equivocó unas veces,

pendiente de una viga se columpiaba ahorcada la morisca.

Zara se quedó exánime entre los convulsivos brazos de su esposo,

habitar en «La Muela» y allí acabó su vida en áustera pobreza y humildad.

Los arcanos de Dios; de ese Grande Arquitecto de los mundos, Poderoso Sublime, para todos los hombres son vedados.

Por eso, el desajuste de los hechos que muchas veces nos parece anómalo, tendrá quizás su lógica divina.

Y como no inventamos, sino que nos ceñimos rigurosamente á la verdad histórica al citar el carácter de todos nuestros personajes, al relatar los hechos en que tomaron una parte activa y al marcar el camino que siguieron hasta llegar al fin de nuestro libro, no hemos debido prescindir de describir el fin de la morisca, tal como sucedió, por más que esto repugne á nuestro ánimo.

Hélo aquí pues, descrito á grandes rasgos.

En el instante en que la Catedral dió la señal de media noche, penetró el carcelero en la prisión con un bulto en la mano, dejando en un pedestal sus literas.

—Vamos morisca,—dijo con un hacedo queda y contenido,—toma este traje que te envía la dama y vístete ligera; el centinela de la torre que debe proteger tu fuga, teme que te releve. No tardes pues, Estrella, si quieres conservar sano el pescuezo.

ra con afán y sin poder disimular su incredulidad.

—¿Qué teméis, pues?—le preguntó su esposo

—Que no se haya embarcado, en cuyo caso fracasaría mi proyecto y mi pesar sería terrible, porque hoy mismo, á las diez, dentro de media hora, debían llevarlo á la capilla.

—Pero ¿qué motivos tenéis para pensar así? ¿por qué esa desconfianza, ese temor que abrigáis?

Zara cogió á su esposo por la mano y le condujo al mirador:

Una vez allí extendió el brazo con dirección á una galera que empezaba á moverse haciendo rumbo hacia la mar surtera, y con voz insegura y frase entrecortada, se que se revelaba un gran temor le dijo:

—¿Veis aquella galera que ostenta en su castillo de popa las quinas de Portugal, y que se pone en franquía para salir del puerto?

—Sí,—contestóle su esposo.

—Pues bien,—continuó Zara,—esa galera debía tener izado un gallardete rojo en el mastelero del velacho, para indicar que Estrella está